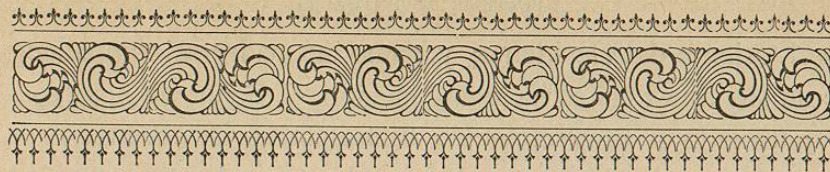


DE LA CONFIANZA EN DIOS



DE LA CONFIANZA EN DIOS

No hay otro Dios como el nuestro (1) ni quien pueda imitar siquiera sus obras, dice el real Profeta (2), porque Él es suave y benigno, y de gran clemencia para todos los que le invocan (3). El Señor es paciente, añade el profeta Joel, y misericordioso y de mucha clemencia (4), sufrido y piadosísimo y perdonador de los pecadores (5). ¿No es verdad, hermanas mías, que estas frases tiernísimas y apacibles que los santos profetas han escrito en alabanza de nuestro buen Dios, derraman dulce consuelo en nuestros corazones, pues indican que, si grandes son nuestras miserias, mayores sin comparación son las misericordias de nuestro amantísimo Padre? Así es, hermanas mías; pues, como escribe el Profeta David, «no nos ha tratado Dios como merecían nuestros pecados, ni dado el castigo debido á nuestras iniquidades; antes bien, tan lejos de nosotros ha echado nuestras maldades, cuanto dista

(1) Deut., III, 24; Deut., XXXIII, 26; I. Reg., II, 2; Psal. XVII, 32.
(2) Ps. LXXXV, 8.

(3) Ps. LXXXV, 5.
(4) Joel, II, 13.
(5) Jonæ, IV, 2.

»el Oriente del Occidente; y como un padre se compadece
 »de sus hijos, así se ha compadecido el Señor de nosotros,
 »porque le es muy conocida la fragilidad de nuestro sér y
 »tiene muy presente que somos polvo» (1). Así se expresa el
 Profeta, como quien habla por experiencia; así obra Dios
 con el pecador arrepentido; y, como dice el Doctor Angé-
 lico, «esta es la obra más propia de Dios» (2) y *la que des-
 cuella y resplandece en el universo* (3): *su inagotable misericor-
 dia* (4). Pero, ¿quién será capaz de describirla, dice el Sabio,
 con toda su esplendorosa magnificencia? (5). No osaría ha-
 cerlo yo si ella misma no se presentara con todos sus atrac-
 tivos, prodigando á raudales los tesoros inagotables de su
 ternura y humanándose, digámoslo así, para atraernos más
 fácilmente á su regazo.

De ella intento hablaros hoy, exponiendo á vuestra reli-
 giosa consideración algunos motivos, algunas pruebas de
 hecho, que son las más elocuentes y poderosas para mover-
 nos á poner en Dios toda nuestra confianza, de tal manera
 que ni la enfermedad, ni la tribulación, ni la misma muerte
 logren desalentarnos jamás; antes, como olas de mar alborotado,
 vengan á estrellarse todos estos males aparentes en la
 inquebrantable roca de nuestra confianza, Cristo Señor nues-
 tro (6), el único que puede librarnos de todos los males ó
 convertirlos en inefables bienes. Este es el asunto sobre el
 cual voy á hacer sencillas reflexiones.

El cristiano que tiene la dicha de conservar en su cora-
 zón algún rastro de fe, virtud fundamental que recibió en el

(1) Génes., III, 19; Psal. CII,
 10-14.

(2) I. 2, q. 113, art. 9; Conc.
 Trid., sess. VI, cap. 7; Ps. CXLIV, 9.

(3) Psal. XXXII, 5.

(4) Luc., I, 50.

(5) Eccli., XVIII, 4.

(6) I. Corinth., X, 4.

Bautismo y sin la cual *nadie puede agradar á Dios* (1), es
 imposible que halle razones sólidas en que apoyar su des-
 confianza para con Dios, por muy graves que sean las des-
 gracias ó tribulaciones que le opriman. Afortunadamente no
 necesito esforzarme en probar esta verdad, porque tengo el
 gusto de hablar á una Comunidad de religiosas en cuyos co-
 razones tiene echadas la fe muy hondas raíces. Pues bien:
 yo apelo, hermanas mías, á esa misma fe que os anima y que
constituye la vida del justo sobre la tierra (2), para probaros
 que jamás debéis dar entrada en vuestro corazón á la des-
 confianza. En efecto: la fe, la razón, el mundo visible, el tes-
 timonio unánime de los hombres más sabios que han existi-
 do en el espacio de sesenta siglos y el buen sentido, nos
 dicen que hay *un Dios, creador de todas las cosas visibles é invi-
 sibles* (3), fuente y manantial inagotable de todo bien (4).
 Nos dicen que en Él hay una Providencia que conserva y
 dirige con admirable sabiduría todas las cosas criadas á un
 fin adecuado á su naturaleza (5); que esta Providencia ex-
 tiende su soberano influjo en el orden físico sobre los tres
 reinos de la naturaleza y todos sus elementos, y en el orden
 moral sobre todos y cada uno de los acontecimientos de la
 vida humana; de suerte que nada puede librarse de su in-
 fluencia, ni el grano de trigo escondido en la tierra, ni la
 hoja del árbol arrebatada por el viento (6), ni mucho menos
 lo que de alguna manera está relacionado con el último fin
 del hombre. Esta misma fe nos dice además que *Dios no
 aborrece* ni puede aborrecer *ninguna de las cosas que han sali-
 do de sus manos* (7); por tanto, no puede permitir ni permi-

(1) Hebræ., XI, 6.

(2) Galat., III, 11; Habac., II, 4;
 Rom., I, 17; Hebræ., X, 38.

(3) Symb. Apost.; Psal. XXXII, 9.

(4) Psal. XXXV, 10; Eccli., I, 5;
 Isai., XII, 3.

(5) Sapient., XII, 15; Sapient.,
 VIII, 1; Sapient., XIV, 3; Sapient.,
 XV, 1.

(6) Job., XIII, 25.

(7) Sapient., XI, 25.

tirá jamás—cuanto es de su parte—que ninguno de los acontecimientos de la vida, llámense enfermedades, pestilencias, guerras, inundaciones, terremotos ni la misma muerte puedan impedir al hombre la consecución de su último fin, que es Dios; antes procura que todos los acontecimientos le sirvan como de medios, más ó menos sensibles, pero encaminados todos á asegurar al hombre la posesión de la felicidad eterna (1). Así debe discurrir el hombre dotado de razón; de esta manera debe reflexionar el cristiano, y con más motivo el religioso, cuando se vea cercado de infortunios en tiempo de tribulación y de prueba, y así lo practicaba el real Profeta, con harta ganancia de su alma (2); á estas consideraciones debe acogerse y en ellas debe descansar, porque constituyen otras tantas verdades de fe, inspiradas por esa misma Providencia que *todo lo dispone con fortaleza y suavidad* (3), para el logro de sus fines, muchas veces ocultos, pero henchidos siempre de misericordia.

Ya sé que todas vosotras creéis esto y lo confesáis, y con la gracia de Dios estáis dispuestas á defender y sellar estas verdades con sangre de vuestras venas, y esta sería la mayor dicha que podríais lograr en esta vida. No, no es la falta de fe en estos dogmas, sino de confianza en la divina misericordia lo que pone en apretura muchas veces nuestro corazón. Miramos á Dios, y creemos en Él y le amamos; pero nos miramos á nosotros mismos, ponemos los ojos en nuestra vida pasada y en las faltas é infidelidades que cometemos todos los días, y decimos: «Yo he ofendido mucho á Dios, y no sé de cierto si me ha perdonado los pecados que he cometido, aunque los detesto con todo mi corazón; por tanto, ignoro si en el juicio rectísimo que seguirá á mi

(1) Rom., VIII, 28.

(2) Psal. CXVIII, 143; Psal. XXXVI, 3; Hebræ., II, 13.

(3) Sapient., VIII, 1.

»muerte (1) seré absuelto ó reprobado para siempre. ¿Quién no temblará?...» Este parece ser el motivo principal en que estriban los temores, congojas y angustias que suelen saltar á muchas almas temerosas de Dios en los momentos de prueba, de los cuales se vale el demonio para quitarnos la paz y aun para hacernos desconfiar de la divina misericordia, y con ello lograría un gran triunfo sobre nosotros. Pero no ha de conseguirlo, hermanas mías, porque lucharemos con él embrazando el escudo de la fe, como nos lo aconseja San Pedro (2), y caerá rendido á nuestros pies.

En primer lugar, es de fe, como lo definió el Concilio Tridentino (3), que «sin especial revelación, nadie puede estar cierto, con certeza absoluta é infalible, de la salvación de su alma»; pues, como dice el Espíritu Santo en el capítulo noveno del Eclesiastés, *ignora el hombre si es digno de amor ó de odio* en la presencia de Dios (4). Así es, aunque le parezca que ha hecho mucha penitencia por los pecados cometidos y ya confesados, pues añade el Sabio en el capítulo quinto del Eclesiástico: *Del pecado perdonado no quieras estar sin temor* (5), y San Pablo, que *obremos nuestra salvación con temor y temblor* (6). Todo esto es cierto, todo esto es de fe, y no puede ponerse en duda sin impiedad; y por cierto que estas consideraciones infundían temor á los Santos, que no tenían tantos motivos para ello como nosotros. Sí, hermanas mías, hemos pecado mucho, y aunque nos hemos arrepentido y confesado, no sabemos con certeza absoluta si estamos perdonados, y por tanto, si seremos compañeros de los ángeles en el cielo ó de los réprobos en el infierno. ¡Dios mío!, y ¿no hay motivo para temblar y desfallecer?... Pero,

(1) II. Corinth., V, 10; Hebræ., IX, 27.

(2) I. Petr., V, 9; I. Joann., V, 4.

(3) Sess. VI, cap. 16.

(4) Ecclesiast., IX, 1.

(5) Eccli., V, 5.

(6) Philipp., II, 12; I. Corinth., X, 12.

¿adónde vamos á parar con estas dudas, con esta incertidumbre tan desgarradora acerca de nuestro eterno destino?... ¿Por ventura hanse atajado para nosotros las corrientes de la divina misericordia?... Y ¿ni un rayo de esperanza alumbrará ya nuestra alma arrepentida?... Sí, hermanas mías; un rayo y, más que un rayo, un océano de luz, un mar inmenso de misericordia y de perdón hay reservado para el pecador arrepentido. Y no creáis exageradas mis palabras; escuchadlas de los labios del discípulo amado del Salvador del mundo, del apasionado amigo de Jesús, del que tuvo la inefable dicha de reclinar su cabeza en el Sacratísimo Corazón de Cristo, y por tanto, de conocer hasta dónde alcanzan los efectos de su misericordia. *Hijitos míos*, nos dice, *procurad no caer en pecado*, sobre todo en aquel que os prive de la gracia de Dios. *Mas si por humana fragilidad cayere alguno en él, no desespere, pues tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo, el Justo por excelencia, y Él mismo es víctima de propiciación por nuestros pecados, y no tan sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo* (1). ¿Puede estar más terminante, más tierno ni más expresivo el apóstol del amor, hermanas mías?... Y digo yo ahora con San Agustín: Si el que ha de juzgarnos después de la muerte se ha constituido nuestro Abogado defensor para con el Padre celestial; si Jesucristo *ha bajado del cielo precisamente para llamarnos á nosotros pecadores* (2), y perdonar nuestros pecados, y meternos en sus entrañas amorosísimas, ¿por qué ha de quedar en nuestro corazón la más liviana sombra de duda respecto al perdón de nuestras culpas? ¿Por ventura nos parecen exageradas estas expresiones? ¿O es que intentamos medir la generosidad del Corazón de Jesús por la ruindad y miseria del

(1) I. Joann., II, 1-2.

(2) Matth., IX, 13; Marc., II, 17;

Psal. CXLVI, 3; Luc., IV, 18; Luc., V, 31.

nuestro, cuando se trata de perdonar una ofensa? Así lo demostró San Pedro cuando, al oír que Jesús hablaba de la obligación de perdonar las injurias que recibimos de nuestros prójimos, le preguntó: *Señor, y ¿cuántas veces he de perdonar á quien me injurie?, ¿hasta siete veces?...* Qué os parece, hermanas mías, ¿hay mucho que esperar de la mezquindad y pobreza del corazón humano?... Ofrece siete veces el perdón, y queda agotada toda su ternura... ¿Qué dices, Pedro?, respondióle Jesús: *¿Siete veces no más quieres perdonar?, ¿á tan estrechos límites quieres reducir mi compasión y misericordia?...* No digo siete veces, sino *setenta veces siete* has de perdonar, esto es, siempre, sin número ni limitación (1).

Veis aquí, hermanas mías, los sentimientos del tiernísimo Corazón de Jesús, cuyo único manjar era la conversión de las almas (2), la reconciliación de los pecadores; éste era el norte á que dirigía todos los actos de su vida pública. Y salía por calles y plazas, y atravesaba áridos desiertos; en los montes, en los mares, á cualquiera hora y en todas partes ofrecía á todos la reconciliación con su Eterno Padre y el perdón de los pecados. Cuando hallaba á alguno de estos desgraciados, parecía como que se le iban tras él los ojos y el corazón, y ya sólo pensaba en hallar ocasión de hablarle para ganar su alma. Y á tal extremo llegó su pasión por los pecadores, que Él mismo les salía al encuentro (3) y á veces se convidaba á comer en sus casas (4), de suerte que llegó á hacer sospechosa su santidad á los ojos de algunos envidiosos. *¿Qué tal será Él—osaron decir los fariseos—cuando anda con gente tan perdida y se sienta con ellos á la mesa! ¿Este es el Profeta, el Mesías, el Hijo de Dios?...* Y ¿sabéis qué respondió Jesús á estas acusaciones? ¡Ah!, jamás tuvieron defensor más

(1) Matth., XVIII, 22.

(2) Joann., IV, 32; Luc., XII, 50.

(3) Rom., X, 20.

(4) Luc., XIX, 5.